



SAMURÁI COMETIENDO SEPPUKU
SOBRE UNA BANDERA JAPONESA.

POR CHRIS PARK ©2008

WWW.CHRISPARK.COM

CHRISPARK@GMAIL.COM

Resumen

Aunque se ha prestado alguna atención al papel que pudo haber tenido el Bushido (el sistema ético de los samuráis) en el desarrollo del nacionalismo en el Japón post-Meiji, las artes marciales han sido mayoritariamente absueltas de cualquier complicidad en este hecho. En este artículo argumento que las artes marciales desempeñaron de hecho un papel en el ascenso del nacionalismo japonés y que por tanto comparten parte de la culpa de los hechos que tuvieron lugar hasta y durante la Segunda Guerra Mundial. El artículo demuestra cómo las artes marciales fueron utilizadas para popularizar los preceptos del Bushido y cómo estos preceptos a su vez llevaron al crecimiento del nacionalismo expansionista. También muestra cómo las artes marciales se utilizaron en el sistema educativo y en el ejército para inculcar las nociones de honor y lealtad del Bushido al público en general.

EL PAPEL DEL BUSHIDO

EN EL AUJE DEL NACIONALISMO JAPONÉS

PREVIO A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

WILLIAM R. PATTERSON



Introducción

Anteriormente a 1858 y a la llegada del Comodoro Matthew Perry a las costas de Japón, los japoneses habían mantenido una política de estricto aislamiento respecto a las influencias extranjeras. Desde los comienzos del periodo Tokugawa, a principios del s. XVII, los japoneses no habían participado en guerras en el extranjero y habían mantenido una relativa paz interna. Aunque Japón estaba claramente gobernado por el *shogun** y la figura decorativa del emperador, se hallaba dividido en numerosas provincias gobernadas por señores feudales, denominados *daimyo*. Este sistema servía para centralizar el país sin excesivas tensiones, pero muchos japoneses, desde el campesino al samurái, juraban lealtad a su propio *daimyo* más que a la figura nacional del *shogun*. Bajo este sistema local, el sentimiento nacionalista japonés nunca se desarrolló con intensidad.

Sin embargo, la llegada del Comodoro Perry lo cambió todo. El *shogun* fue obligado a revocar su política de aislamiento y permitir el comercio y otras influencias occidentales. Esto era una clara demostración de debilidad. La incapacidad del gobierno de impedir la intervención extranjera fue vista por muchos como una prueba de que el *shogun* era débil, incompetente, e incapaz de salvaguardar la soberanía japonesa. Muchos creyeron que volver al sistema imperial de antaño, donde el divino emperador ostentaba el poder real, era la respuesta para los retos modernos. El par de eslóganes “honrar al emperador” y “expulsar a los bárbaros” fueron gritados por todo el país.

Fue en este contexto en el que se produjo el derrocamiento del Shogunato Tokugawa y se transfirió nuevamente el poder al emperador durante la Restauración Meiji de 1868. Fue también en este ambiente donde el gobierno japonés, enfrentado a peligros externos y a inestabilidades internas, se hizo más centralizado y se acentuó sobre la población la importancia del nacionalismo y del patriotismo. La lealtad se transfirió del *daimyo* y del *shogun* al emperador, aunque éste permaneció mayormente como una figura decorativa y las verdaderas intrigas del gobierno eran activadas por una oligarquía de poderosos políticos.

El ultranacionalismo que los líderes del nuevo gobierno japonés iban a engendrar llegaría a su última conclusión en la Segunda Guerra Mundial y en la destrucción que ésta trajo consigo. Se apuntan muchas causas como explicación del rápido y peligroso desarrollo del nacionalismo japonés. La militarización y la naturaleza propagandística del sistema educativo son señaladas en particular, y de hecho fueron factores importantes. También se cita habitualmente el *Código del Bushido –el Camino del Guerrero–*, que era un sistema ético al que según cabe suponer se adhería inflexiblemente la clase guerrera de los samuráis del Japón Tokugawa. Se ha postulado que esta ética marcial se difundió desde los samuráis a la generalidad de la población japonesa, y que este hecho llevó a su radicalización y a su celo expansionista.

Sin embargo, resulta sorprendente que las propias artes marciales hayan recibido

* El *shogun* era el máximo general militar de Japón, y técnicamente era un subordinado del emperador. A principios del s. XVII, sin embargo, con el ascenso al poder del Shogunato Tokugawa, era el *shogun* quien ostentaba el poder real, mientras que el Emperador era relegado a una posición como mera figura decorativa.



una parte de culpa relativamente pequeña respecto a su papel en el ascenso del nacionalismo japonés previo a la guerra. La afirmación realizada, por ejemplo, por el antropólogo y practicante de kendo John Donohue de que “los excesos del expansionismo japonés de ningún modo pueden atribuirse al propio budo” (Donohue, 1999: 28) es muy común. En realidad, las artes marciales modernas, aquellas clasificadas comúnmente como *budo* (camino marcial), desempeñaron un papel significativo en el desarrollo del nacionalismo japonés. El sistema ético del Bushido se unió con la práctica física de las artes marciales desarrolladas por los samuráis, y no podría haberse transmitido más allá de esta clase elitista sin una expansión simultánea de dichas artes marciales. Las artes marciales sirvieron como un vector mediante el cual el gobierno podía enviar su mensaje ultranacionalista (encarnado en el semi-mítico Código del Bushido) a través tanto del ejército como del sistema educativo. Este artículo demostrará hasta qué punto las artes marciales se utilizaron para inculcar una ética nacionalista en la población japonesa, ante todo ayudando a difundir el Bushido más allá de la clase samurái hacia la población en general.

La Restauración Meiji, el crecimiento del nacionalismo y el código del Bushido

La Restauración Meiji tuvo lugar en 1868, en gran medida como respuesta al fracaso del Shogunato Tokugawa para oponerse con éxito a las presiones extranjeras. Muchos japoneses creían que retornando a sus raíces éticas y políticas podría revivirse el espíritu japonés y expulsar estas influencias foráneas. Aunque la Restauración proclamó haber devuelto el poder al emperador, las acciones cotidianas del gobierno eran dirigidas por una oligarquía de antiguos daimyos de las provincias de Satsuma y Chosu que habían sido decisivos en la asunción de la Restauración.

Estos líderes, a pesar de haber expulsado con éxito al shogun Tokugawa, aún tenían que vérselas con el problema de la intervención extranjera. Se dieron cuenta de que no tenían más fuerza para expulsar a unos extranjeros tecnológicamente superiores de la que tenía el shogun a quien habían criticado anteriormente por su debilidad. Decidieron que se requería una centralización que permitiese acumular la fuerza necesaria para asegurar la soberanía japonesa; Japón debía unificarse como país en vez de ser una nación de provincias divididas. Como señalaba Marius Jansen, “estaba claro para los líderes japoneses que las amenazas planteadas por la expansión, el comercio, y la difusión de la cultura extranjera no podrían contrarrestarse sin la centralización” (2000: 343).

En la era Meiji la centralización se convirtió en un objetivo fundamental de estado y el emperador fue alzado como la fuerza unificadora y centralizadora de la sociedad japonesa. Esta centralización también dio pie al despertar del nacionalismo, una fuerza que apuntaló aún más la centralización. Consecuentemente, se creó un bucle según el cual una gran centralización permitió el crecimiento de un gran nacionalismo, y un gran nacionalismo permitió una centralización aún más fuerte. La historiadora Hilary Conroy observa que “los líderes del gobierno Meiji organizaron a nivel masivo la inculcación de la lealtad al emperador y al sintoísmo estatal, en resumen, hacia los símbolos del régimen que habían creado y que controlaban. Para promover esto, pronto tuvieron listo no sólo un sistema policial centralizado, una burocracia entrenada y leal a sus preceptos, un conjunto de sucesores cuidadosamente seleccionados, un *Genro-in* [Consejo de Hombres de Estado Ancianos] para mantener sus influencias individuales en el desarrollo de los asuntos estatales tras haber cesado en su participación activa, sino también medios modernos tales como un sistema educativo universal, el reclutamiento, las telecomunicaciones y el ferrocarril para unir a la nación, y una potente prensa. Eso aseguró la penetración de la ‘lealtad’ hacia todos los rincones de Japón” (Conroy, 1955: 823).

Para alentar aún más el patriotismo y la lealtad nacional, el gobierno Meiji también introdujo todos los atavíos propios de las naciones-estado occidentales. La ‘bandera del sol naciente’ fue adoptada como la bandera estatal oficial en 1870. Posteriormente

Japón adoptó el estilo occidental de himno nacional. El gobierno también declaró varias vacaciones nacionales en torno al emperador en fechas tales como su cumpleaños (Duus, 1998: 89).

Mediante la adopción de las ideas, simbolismos y tecnologías occidentales, sin embargo, no se podría llegar lejos en el desarrollo del nacionalismo. Con objeto de desarrollar un profundo y permanente sentido nacionalista era necesario enfatizar aquello que fuese únicamente japonés. De acuerdo con Conroy (1955: 828), “el programa sería ‘renovación nacional’, purificación de la política nacional, un retorno a la moralidad tradicional oriental”. Reviviendo la ética tradicional japonesa, el gobierno Meiji podría unificar al pueblo bajo un conjunto de valores comúnmente compartidos que fuesen únicamente japoneses. Esto ayudaría a crear una conciencia nacional, que es un componente necesario del nacionalismo.

Esta renovación moral se enfocó en su mayor parte en la acentuación de los preceptos éticos tradicionales del Sintoísmo y del Confucianismo. Sin embargo, existía otra fuente de valores éticos, una que se centraba en los valores de lealtad, honor y coraje, precisamente los valores que los líderes Meiji querían inculcar. Esta fuente era el Bushido, el Código del Guerrero, un sistema ético al que se adhirió la clase samurái desde comienzos de la era Tokugawa. Jansen apunta que los “samuráis servían como tipologías éticas ideales, teóricamente obligados a servir e indiferentes al riesgo y al lucro personal” (2000: 101). Éstos eran precisamente los valores que los líderes Meiji querían infundir en la población; los samuráis y su Código del Bushido proporcionaron el modelo ético exacto que estaban buscando.

Wilbur Fridell señala que “hacia finales del periodo Tokugawa, los fieles samuráis habían puesto sus miras en la suprema lealtad hacia el emperador. Ahora los ideólogos gubernamentales se encargaron de universalizar esta ética de la élite, en una forma de algún modo modificada, de tal modo que sirviese como la norma para la gran masa de la población japonesa” (1970: 824). Una contribución trascendental para la popularización del Bushido fue la publicación en 1899 del libro *Bushido, El Alma de Japón*, de Inazo Nitobe. Este trabajo fue único en el sentido de que llevó los conceptos morales del Bushido (o al menos la interpretación de Nitobe de los mismos) al gran público, más que dirigirse a la propia clase samurái. Nitobe escribió que “el Bushido comprende un sistema de principios morales. Se espera que aquellos educados en el código se autodisciplinen de acuerdo al mismo. Sus máximas se dejaron en herencia mediante la transmisión oral y el ejemplo. Uno estudiaba con el maestro y lo copiaba” (Nitobe, 1979: 11).

El libro de Nitobe consiste en un examen de siete virtudes o principios que se habían transmitido desde la época de los samuráis y finalmente se codificaron. Basados en las enseñanzas Confucianas y Neo-Confucianas, los siete principios son:

- | | | | |
|------------------------|-----------------|---------------|-------------|
| 1) rectitud o justicia | 3) benevolencia | 5) sinceridad | 7) lealtad. |
| 2) valentía | 4) cortesía | 6) honor, y | |

De estos siete principios, los dos últimos (lealtad y honor) fueron considerados los más importantes. Sobre el honor, Nitobe escribe, “el sentido del honor, implicando una vívida consciencia del valor y la dignidad personal, no podía fallar al caracterizar al samurái, nacido y criado para valorar los deberes y privilegios de su profesión... la propia vida se consideraba mezquina respecto al honor y a la fama: consecuentemente, cuando quiera que se presentaba una causa que en sí misma fuese considerada más valiosa que la propia vida, ésta se abandonaba con una velocidad y serenidad extremas” (1979: 50-53).

Sin embargo, incluso el honor estaba en segundo lugar respecto a la lealtad, que era, de acuerdo con Nitobe, “la pieza clave que hacía de las virtudes feudales un arco simétrico” (Nitobe, 1979: 56). La dedicación a la lealtad es lo que hacía al Código del



Bushido único en comparación con cualquier otro código. “Otras virtudes de la moralidad feudal se comparten con otros sistemas éticos, con otras clases de personas, pero esta virtud, la pleitesía y la lealtad a un superior, es su rasgo distintivo” (Nitobe, 1979: 56).

Nitobe creía que las virtudes promovidas por el Código del Bushido se habían filtrado desde la clase samurái al conjunto de la plebe japonesa. “De muchas maneras”, argumentaba, “el Bushido se ha filtrado desde las clases sociales donde se originó, actuando como catalizador entre las masas, proporcionando un patrón moral para el conjunto de la población” (Nitobe, 1979: 99). Esta transmisión del Bushido desde la clase samurái al resto de la sociedad, que este trabajo sostendrá que fue facilitada por la popularización del budo, fue apuntada por historiadores posteriores como una causa primaria de la militarización de Japón y de las atrocidades que los japoneses cometieron durante la Segunda Guerra Mundial.

En el caso del maltrato a prisioneros, por ejemplo, Lord Russell of Liverpool escribió en su libro *The Knights of Bushido* [*Los caballeros del Bushido*] que “la juventud de Japón ha crecido de acuerdo con este precepto del Bushido, para considerar que el mayor honor era morir por su Emperador y que era ignominioso rendirse al enemigo. Fue porque los japoneses creyeron que iba contra esta visión de la conducta militar que la Convención de Génova sobre Prisioneros de Guerra de 1929 nunca fue ratificada por Japón (Lord Russell, 1958: 55). De un modo similar, Christopher Ross señala que “desde el punto de vista de la cultura marcial japonesa, verse sometido a la captura demostraba poco valor y una falta de honor merecedora de un vil desprecio” (2006: 53).

Algunos historiadores más actuales, tales como G. Cameron Hurst III y Karl Friday, han argumentado que la versión del Bushido de Nitobe, a pesar de basarse en conceptos morales que los samuráis bien podrían haber reconocido, se había mitificado excesivamente. Hurst apunta que antes de que Nitobe escribiese su libro, no existía algo así como un Código del Bushido formal en el que se iniciasen todos los samuráis. Argumenta que “... sería un error asumir que existía una escuela llamada ‘Bushido’ con un capital B que se viese a sí mismo diferente a la ortodoxa Escuela Neo-Confuciana, la Escuela Wang Yangming y demás. Un samurái Tokugawa no realizaba una elección consciente para entrar en una academia cuyo título fuese algo así como ‘Hall para el Estudio del Bushido’, y cuando era preguntado espontáneamente sobre qué conjunto de creencias profesaba, no habría respondido inmediatamente ‘Vaya, el Bushido, por supuesto’” (1990: 515).

A pesar de estas críticas, Hurst reconoce que las virtudes enumeradas por Nitobe (especialmente lealtad, deber y coraje), aunque no estuviesen codificadas necesariamente en una doctrina específica, eran de hecho importantes valores éticos de muchos samuráis.

Hurst también argumenta que mientras que la lealtad era una virtud principal entre los samuráis, ésta era únicamente un ideal; en realidad muchos samuráis no hacían honor a la misma. “Uno de los problemas más preocupantes de la era premoderna”, señala, “es la aparente discrepancia entre los numerosos códigos y leyes locales que exhortaban a los samuráis a practicar la lealtad, y los incidentes muy comunes de deslealtad que quebrantaban la vida del guerrero japonés medieval” (Hurst, 1990: 517). Sin embargo, ¿no suele existir una incoherencia entre los ideales y la realidad en cualquier sistema ético? Pocos códigos morales son seguidos con un cien por cien de lealtad por las personas que realmente los practican.

El historiador Karl Friday se hace eco de muchas de las demandas expresadas por Hurst. Además, señala que no existía algo así como un Código del Bushido unificado seguido por los samuráis, y también señala el verdadero comportamiento desleal de muchos de ellos. También argumenta que las virtudes específicas enumeradas en el Código son demasiado vagas para ser útiles en la dirección real del comportamiento, que los valores éticos que tenían los samuráis estaban restringidos a esa clase elitista y no podían trasladarse al hombre común, y que cualquier lealtad que los samuráis expresasen

era hacia su daimyo, y no hacia el emperador (Friday, 1994: 340-343).

Existen pocas dudas de que la adherencia real de los samuráis a estos valores fue exagerada significativamente por Nitobe y otros, y que al propio Código se le dio un aura casi mitológica durante la era Meiji. El hecho que permanece, sin embargo, es que las virtudes individuales enumeradas en el libro de Nitobe, y que él agrupó y denominó como Código del Bushido, eran valoradas por la clase samurái y eran parte de su entrenamiento. Los valores mantenidos por los samuráis fueron tomados por Nitobe y otros de la era Meiji y envueltos en un código cohesivo, auto-glorificante y parcialmente mitológico.

Esta exageración de las virtudes de la herencia samurái sirvió para intensificar la auto-imagen de los japoneses como una raza virtuosa y guerrera. Esto, en contraste, sirvió para espolear el crecimiento del nacionalismo. Stephen van Evera señala que “los efectos del nacionalismo dependen en gran medida de las creencias de los movimientos nacionalistas, especialmente sus propias auto-imágenes”. También argumenta que “la chovinista elaboración de mitos es una marca de ley del nacionalismo”, y que “la auto-glorificación de los mitos alienta a los ciudadanos a contribuir a la comunidad nacional –pagar impuestos, alistarse en el ejército, y luchar por la defensa de la nación–” (van Evera, 1994: 26-27, 30).

El Código del Bushido, tal y como fue descrito por Nitobe, ofrecía al pueblo japonés un sistema ético único alrededor del cual podía unificar y reclamar un pasado glorificado. Simultáneamente, inculcaba en él un nuevo sentido de lealtad hacia el estado y el emperador. Esto se transformaría eventualmente en una forma agresiva de ultranacionalismo y expansionismo que tendría resultados desastrosos para los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Aún tenemos que explorar, sin embargo, cómo la ética del Código del Bushido llegó a extenderse tanto. Pretendida originalmente sólo para la pequeña minoría de la elite samurái, es importante comprender cómo se difundió tan rápida y efectivamente hacia el resto de la población. Esta cuestión, y el papel que el budo jugó en la misma, serán el centro de atención de las siguientes secciones.

Las artes del Budo Moderno

“La Restauración Meiji y yo nacimos el mismo año, 1868” (Funakoshi, 1975: 1). Con estas palabras abre su autobiografía Gichin Funakoshi, considerado el padre del Karate-Do moderno. Jigoro Kano, el fundador del Judo, nació pocos años antes, en 1860. Ciertamente, estos hechos son significativos, puesto que fue durante esta época cuando las artes marciales comenzaron a ser ampliamente practicadas. Durante la era Tokugawa la enseñanza de las artes marciales había estado restringida únicamente a la clase samurái. De acuerdo con Peter Duus, “en el Japón de principios del s. XIX la división social más básica se producía entre plebeyos y samuráis, la élite guerrera gobernante... La gente común fue desarmada; el derecho a llevar armas se restringía a los samuráis, y a la gente común, que era en su mayor parte campesina, se le prohibía abandonar sus campos para emprender aventuras militares o de cualquier otro tipo” (Duus, 1998). La clase samurái tenía el monopolio sobre el uso de la violencia, y la enseñanza de las artes marciales al vulgo habría socavado su autoridad.

Como parte de la modernización japonesa, sin embargo, la estructura de clases del Japón feudal fue suprimida durante la era Meiji. Se instituyó el reclutamiento, y la defensa nacional se convirtió en una obligación nacional. Los métodos de la guerra se estaban modernizando y las técnicas marciales de la antigua orden samurái parecían anacrónicas e inútiles en la época de las rápidas ametralladoras. Durante un breve período, por tanto, parecía que las artes marciales tradicionales desaparecerían totalmente. Pero algunos individuos argumentaron que el valor de las artes marciales tradicionales se basaba no tanto en su utilidad marcial, sino en sus preceptos éticos. Gordon Warner y Donn Draeger (1993: 90) aseveran que:



... el resurgimiento de la cultura marcial clásica en la era Meiji, si es que efectivamente dicha cultura casi llegó a desaparecer, quizá se deba más a la aparición de personas influyentes que se dieron cuenta del valor de mantener esta porción de su herencia cultural para la identificación y el soporte de un espíritu nacional japonés (*Nihon-gokoro*). En la época Meiji ya existían fuertes alusiones al nacionalismo, al ultranacionalismo, y al militarismo, de los cuales las artes marciales clásicas (*bujutsu*), debido a toda su anacrónica tecnología, nunca se habían divorciado convincentemente. El significado de la práctica de las artes marciales clásicas en el Japón Meiji, sin embargo, se basa no tanto en una creencia japonesa de que estas artes serían de utilidad práctica para el combate en cualquier conflicto ulterior con otras naciones, sino en el sentimiento de que serían valiosas como medios educativos para unificar el espíritu, los pensamientos, y las acciones de los ciudadanos de un país decidido a ser *fukoku kyōhei*, esto es, una nación próspera con un ejército poderoso.

Las artes marciales fueron vistas no como una forma de conservar antiguas técnicas marciales, sino como un modo de preservar un sistema tradicional de valores, el Bushido, que podría utilizarse para dar alas al espíritu nacional. En medio de la modernización, los japoneses estaban luchando por mantener algunas tradiciones que eran únicamente japonesas y que podrían unificarlos como compatriotas. Jigoro Kano, por ejemplo, argumentaba que “puesto que el judo se desarrolló sobre la base de las artes marciales del pasado, si sus practicantes tenían cosas que eran de valor, aquellos que practican el judo transmitirán dichas cosas. Entre ellas, debería rendirse homenaje al espíritu samurái incluso en la sociedad de hoy en día” (Kano, 2005: 126).

Las artes marciales de la era Pos-Tokugawa fueron modificadas para enfatizar el ‘espíritu samurái’ sobre la ‘técnica samurái’, y aunque anteriormente no existía una importante distinción entre ‘jutsu’ y ‘do’, esto sufijos empezaron a tener significados diferentes en el periodo Meiji (Friday & Humitake, 1997: 8). De acuerdo con el historiador Shun Inoue, el término budo en su aplicación a las artes marciales es una invención moderna que data de finales del s. XIX. Aunque el término había existido previamente, se utilizaba como sinónimo de la palabra Bushido, “significando el código de conducta y el ethos de la clase samurái” (Inoue, 1998: 163).

La utilización del término *budo* en su forma moderna comenzó con la fundación del judo en 1882 por Jigoro Kano. Inoue señala diversas razones por las que Kano eligió utilizar el término judo en vez de jujutsu. “En primer lugar”, dice, “... existían consideraciones prácticas tras la nueva denominación. Cuando Kano fundó el Kodokan, las artes marciales tradicionales estaban en decadencia, y la imagen popular del jujutsu era más bien desabrida. Consecuentemente, pensó que ‘al menos el nombre debería ser nuevo con el objeto de hacerse con alumnos’. En segundo lugar, puesto que la palabra jutsu denota aplicación práctica, la sustituyó con *do* (camino), que significa el principio subyacente, implicando por tanto que el judo Kodokan encarna el camino fundamental, mientras que el jujutsu era meramente una aplicación del mismo” (Inoue, 1998: 169).

La tercera razón de Kano para utilizar el término judo fue su conexión con la tradición. Algunas antiguas escuelas de jujutsu, incluyendo la escuela Kito en la que Kano había estudiado, se habían denominado judo ocasionalmente, y el término era empleado en su diploma de grado (Inoue, 1998: 169).

Otra gran inquietud de Kano era la necesidad de revitalizar las virtudes marciales de la integridad y el honor, sosteniendo la opinión de que estos valores podrían transmitirse a través de las enseñanzas de judo. “En general”, decía, “los samuráis del pasado llegaron muy lejos al actuar altruistamente y en interés de la sociedad en general, mientras que hoy parece que conceptos como el honor y la integridad se han visto relegados, mientras la gente se ha vuelto más egoísta” (Kano, 2005: 129). Como otras artes budo, el judo fue célebre por enfatizar de un modo significativo el desarrollo ético más que la mera efectividad en el combate.

Este aspecto final del budo, su elemento ético, fue aprovechado por los nacionalistas japoneses. De acuerdo con Inoue, “la concepción de Kano del *budo* no era de un nacionalismo estrecho ni conservadora a nivel social. Kano promovió el desarrollo de los deportes occidentales en Japón, y también envió a uno de sus mejores estudiantes a introducir el judo en América. También abrió el Kodokan a mujeres que deseaban estudiar judo. A medida que pasaba el tiempo, sin embargo, el *budo* fue apropiado por nacionalistas estridentes, que propagaron una concepción esencialista de las artes marciales japonesas” (Inoue, 1998:171).

Estos nacionalistas utilizaron el *budo* para elevar a los leales samuráis del pasado feudal (o al menos a una visión mitificada de los mismos) a parangones éticos y modelos para todos los japoneses modernos.

Muchos otros maestros de artes marciales siguieron el camino marcado por Kano y comenzaron a adoptar la terminología del do. El karate-do se introdujo en el Japón continental a gran escala durante una demostración realizada por Gichin Funakoshi, considerado el fundador del kárate moderno, en 1915. El kárate no era un sistema marcial japonés autóctono, puesto que fue desarrollado en Okinawa, que únicamente había sido anexionada por Japón en 1872. Con el objeto de popularizarlo, Funakoshi tenía que hacerlo más japonés. Michael Rosenbaum explica que “... antes que el karate-jutsu okinawense fuese aceptado totalmente en la sociedad japonesa, tenía que hacerse japonés, y uno de los primeros cambios que debía realizarse era su nombre. Gichin Funakoshi es la persona a la que más se atribuye el cambio de karate-jutsu a karate-do... Otra parte del proceso de modelado implicado en hacer del kárate un sistema japonés se produjo cuando los japoneses infundieron su propia ética marcial en los recientemente formados sistemas de karate-do; ética que era, en parte, bosquejada a partir de formas tradicionales de los samuráis junto con el código del Bushido. Esto se hizo para imbuir lo que podría considerarse como un mayor espíritu japonés en el karate-do” (Rosenbaum, 2002: 14).

Los aspectos del Código del Bushido, por tanto, fueron añadidos conscientemente a los elementos puramente físicos del arte de combate tradicional del karate-jutsu para hacer que pareciera más japonés y para dotarle de un sentido de profundidad moral. El propio Funakoshi estuvo influenciado por el pensamiento samurái, y también se le habían inculcado muchos de sus valores desde una temprana edad. Pensaba que la transmisión de estos valores era un importante cometido para el karate-do. Afirmaba que “... aquellos que siguen el karate-do desarrollarán el coraje y la fortaleza de ánimo. Estas cualidades no tienen que ver con acciones de fuerza o con el desarrollo de técnicas duras como tales. El énfasis se sitúa en el desarrollo de la mente más que en el de las técnicas. En una época de grave crisis pública, uno tiene que tener el coraje, si se requiere en nombre de la justicia, de afrontar a un millón de oponentes. Para el estudiante de karate-do, el comportamiento más vergonzoso es la indecisión” (Funakoshi, 1973: 6).

Con todo, las artes de la espada del kendo y del iai-do estuvieron incluso más centradas en la tradición samurái que el judo y el kárate. La espada era el símbolo de los samuráis, y como tal el mero hecho de portar una, y a mayores la práctica para utilizarla realmente, representaban una indeleble conexión con los mismos. Warner y Draeger aseveran que el iai-do, el arte de desenvainar y utilizar la espada japonesa, “es un reflejo de la moral del guerrero clásico. Entrenar correctamente es liberar dicha moral entre los hombres modernos” (1993: 100). De un modo similar, sobre el kendo (esgrima japonesa, literalmente “El Camino de la Espada”), John Donohue apunta que “el Camino de la Espada es el heredero contemporáneo de un amplio espectro de influencias culturales japonesas que se incrustaron en las tradiciones marciales de los guerreros feudales” (Donohue, 1999: 103). El kendo está vinculado a estas tradiciones con más fuerza “no en sustancia, pero sí en espíritu” (Donohue, 1999: 2): el espíritu del Bushido.

En la era Meiji, las artes modernas budo empezaron a encaminarse hacia unos propósitos abiertamente espirituales y éticos. Mientras que las técnicas de combate de las



artes marciales nacionales japonesas habían perdido gran parte de su utilidad en el campo de combate, el sistema ético subyacente a las técnicas podía prestar un importante servicio fortaleciendo el nacionalismo japonés y difundiendo el ethos guerrero entre las clases populares. Jack Levy argumenta que el nacionalismo “crea el sentimiento de un interés común en la nación, un concepto de interés nacional como el valor más alto, y un intenso compromiso con el bienestar del estado. Este compromiso se fortalece mediante los mitos nacionales en relación a la omnipresencia y omnipotencia de la nación, y la congruencia de la moralidad nacional individual con una ética supranacional” (Levy, 1988: 665).

Para los japoneses, el Código del Bushido era su sistema mitológico de moralidad nacional. Este sistema fue capaz de sobrevivir y expandirse más allá de sus confines elitistas en parte debido a su consagración en las diversas formas de budo. A cambio, estos budo crecieron y proliferaron a través de su inclusión en el ejército y en el sistema educativo japonés. El modo en que se realizó esto se estudia en las dos siguientes secciones.

El budo y el sistema educativo japonés

El sistema educativo japonés desde 1890, año en que se promulgó el Rescripto Imperial sobre Educación, hasta 1945, cuando los japoneses se rindieron a los Estados Unidos y finalizó la Segunda Guerra Mundial, fue sistemáticamente engranado para generar lealtad hacia el emperador y hacia el estado japonés. Kenneth Kurihara argumenta que desde 1890 “el patriotismo y la lealtad se convirtieron en el tema central de la educación japonesa” (Kurihara, 1944: 35). Hasta tal punto, que el sistema educativo llegó a ser meramente una herramienta estatal para difundir propaganda hacia la población y para fomentar el nacionalismo. “La escuela japonesa existe para el estado, y no para el pueblo” (Kurihara, 1944: 37).

Wilbur Fridell, a través del examen de libros de texto escolares de la época, llega a conclusiones similares. “Las escuelas japonesas”, escribe, “sirvieron como importantes órganos para la propagación de los valores nacionales-imperiales, y en la totalidad del currículo escolar el entrenamiento ético desempeñó un papel ideológico clave” (Fridell, 1970: 823). La devoción hacia el estado y hacia el emperador eran valores primarios en el sistema ético transmitido por el sistema educativo público japonés. Un ejemplo típico de este hecho proviene de un texto escolar de cuarto curso de escuela elemental, que reza: “Recordando nuestra profunda obligación hacia el Emperador por sus favores, debemos esforzarnos para llegar a ser buenos japoneses, consagrándonos a la lealtad hacia los gobernantes y al patriotismo, reverenciando a la Familia Imperial, respetando la ley, honrando la bandera, y recordando los orígenes de los días festivos” (citado en Fridell, 1970: 832).

La utilización del sistema educativo como medio para el desarrollo del nacionalismo fue realizada muy conscientemente y comenzó con el Rescripto Imperial sobre Educación. Charles Spinks describe el Rescripto como un “ceremonioso pero breve documento que proclama que los principios-guía de la educación japonesa deben fundamentarse en el kokutai, la política nacional o el ‘carácter fundamental del Imperio’” (Spinks, 1944: 59). La educación llegó a ser el medio fundamental mediante el cual el gobierno japonés transformó al país de un sistema dispar de provincias, en el que los ciudadanos debían su fidelidad primariamente a su daimyo, a un sistema centralizado de gobierno, donde los ciudadanos debían su lealtad al emperador (y, por extensión, a los oligarcas que le controlaban).

Las artes budo rápidamente fueron una parte importante de este sistema educativo patriótico. Es interesante advertir que tanto Kano como Funakoshi eran educadores de profesión. Kano fue el director de la Quinta Escuela Secundaria en Kumamoto en 1891, luego pasó a ser director de la Primera Escuela Secundaria en Tokio y, finalmente, en 1893 llegó a director de la Escuela Normal Superior de Tokio. Funakoshi comenzó su carrera como educador a la edad de veintiún años como instructor asistente en una escuela primaria. Permanecería como educador durante los siguientes treinta años. Sobre su

experiencia en la enseñanza, Funakoshi escribió: “Creía que yo, como profesor, tenía la obligación de ayudar a nuestra generación más joven, que algún día forjaría el destino de nuestra nación, para salvar las grandes diferencias existentes entre el antiguo y el nuevo Japón” (Funakoshi, 1975: 5).

Kano sentía unas obligaciones similares. También quería tender un puente entre lo nuevo y lo viejo y asegurarse de que la generación más joven honrara las tradiciones del pasado. Creía que las artes marciales, puesto que encarnaban el espíritu samurái de antaño, eran particularmente valiosas para transmitir estas lecciones y valores. Afirmaba que “... el patriotismo que las personas sienten por su país se ve muy afectado por cómo éstas aman o no lo que su país ha hecho hasta el presente, y por cómo esas personas comparten o no los mismos sentimientos que sus antepasados. Por tanto, si queremos que el futuro pueblo japonés valore su país, y si queremos fortalecer el amor de las personas por el mismo, debemos dar a conocer el espíritu de las artes marciales a la gente joven de hoy en día, aunque sólo sea someramente” (Kano, 2005: 111).

Muchas personas en el sistema educativo pronto llegaron al acuerdo de que las artes marciales tenían mucho que ofrecer en el camino de la educación y que también podían hacer mucho para intensificar el patriotismo, que era la meta fundamental de la educación japonesa. El judo y el kendo fueron los que más se beneficiaron al incorporarse al sistema educativo. Donohue escribe que “las cualidades particulares de coraje, lealtad, y disciplina que se creían estimuladas mediante el entrenamiento en artes como el kendo fueron consideradas de importancia vital por los oficiales del gobierno Meiji. Como resultado, comenzando en 1871, los tradicionalistas urgieron al Ministro Japonés de Educación a hacer obligatorio el kendo en todas las escuelas públicas y privadas en Japón” (Donohue, 1999: 27). Este acicate tuvo éxito y en 1908 se aprobaba una ley haciendo preceptiva la instrucción en kendo o judo en todas las escuelas japonesas de grado medio.

Además de las escuelas de grado medio y superior, el entrenamiento en el budo empezó a ser muy popular en las universidades de todo el país. En su autobiografía, Funakoshi explica que “los grupos de estudio del kárate estaban... estableciéndose en un cierto número de institutos de educación superior. Se formó uno en la Facultad Nikaido de Educación Física, y fui invitado a instruir en kárate a las academias militar y naval” (Funakoshi, 1975: 75). También comenzaron a brotar clubes de judo y kendo por las universidades de todo Japón. Puesto que el estudio universitario en aquella época estaba en la mayoría de las ocasiones reservado a los estudiantes de clase social alta, muchos de los que se expusieron al entrenamiento del budo durante sus años universitarios llegaron a desempeñar importantes papeles en el gobierno y en el ejército.

En un asombrosamente corto periodo de tiempo (1868-1908), las tácticas marciales encarnadas en el entrenamiento del bujutsu, restringidas a una clase de élite de guerreros, habían sido transformadas en una variedad de sistemas budo que enfatizaban los preceptos éticos y morales del Bushido y que eran obligatorias para todos los estudiantes japoneses. Esto permitió que las artes marciales llegasen a ser un vector extremadamente poderoso mediante el cual podía transmitirse una visión mitificada de la ética del samurái tradicional (el Código del Bushido) a un amplio sector de la población. El Ministro Japonés de Educación era un órgano primordial de la máquina de propaganda gubernamental y el budo fue cómplice llevando al éxito sus metas nacionalistas. El sistema educativo, sin embargo, no fue el único contexto donde las artes marciales jugaron un papel significativo. También contribuyó el desarrollo de una instrucción militar nacionalista obligatoria.

El budo y el ejército japonés

El ejército es un contexto en el que cabe esperar que florezcan las artes marciales, y de hecho así lo hicieron durante la era Meiji y más allá. Las artes marciales fueron integradas



en el entrenamiento militar no debido a su utilidad en el campo de batalla sino debido a su habilidad para transformar a reclutas comunes en ‘samuráis de hoy en día’, que eran leales, ultrapatrióticos y, lo que es más importante, que deseaban entregar sus vidas por el emperador y por Japón. Sin embargo, el crear un ejército tan devoto no era una tarea fácil, puesto que tanto la historia como la estructura social iban contra ello.

En la era Tokugawa, los samuráis eran una clase elitista de guerreros. Tenían muchos privilegios que no estaban permitidos a aquellos que se situaban más abajo en la escala social, y también tenían grandes obligaciones. La obligación militar era cumplida únicamente por los samuráis. Disfrutaban de un monopolio total sobre la violencia y el resto de la ciudadanía estaba desarmada. La guerra era considerada como una actividad noble y no era para que el vulgo se implicase en ella. Los samuráis también tenían la responsabilidad de mantener el orden público y a tal fin podían actuar con impunidad hacia las clases bajas.

Después, se produjo un enorme cambio cuando el gobierno Meiji puso este sistema social patas arriba. Los nuevos líderes de Japón habían llegado a la inevitable conclusión de que el antiguo sistema samurái ya no sería efectivo en un mundo tecnológico y moderno. Una pequeña clase elitista de guerreros no tenía lugar en el mundo de la guerra moderna con ejércitos masivos y una potencia de fuego aún más masiva. En 1873 se decidió no sólo que el pueblo llano pudiese servir en el ejército, sino que debía hacerlo. La ley de reclutamiento de aquel año requería a “todos los hombres jóvenes sin tener en cuenta su rango social a dedicar tres años de servicio activo seguidos de cuatro en la reserva” (Duus, 1998: 91). Como expone Mark Ravina, “el nuevo gobierno en Tokio había abolido el monopolio samurái sobre el servicio militar y las oficinas gubernamentales. Había desafiado uno de los principales preceptos del antiguo orden: la idea de que únicamente los samuráis tenían el coraje para servir como guerreros y la fibra moral para servir como funcionarios gubernamentales” (Ravina, 2004: 366).

Esta ley no fue popular ni entre los samuráis ni entre el vulgo. Los samuráis estaban indignados al ser desposeídos de una responsabilidad que sus familias habían ostentado durante cientos de años, reconociendo en ello un menoscabo de su privilegiada posición en la sociedad japonesa, y por tanto estaban resentidos. Por otra parte, el pueblo llano estaba ocupado en las tareas cotidianas de la agricultura y en el desempeño de los negocios. Las familias mal podrían permitirse tener a sus hijos fuera para el servicio militar. Además, los oficiales veteranos en el ejército aún eran en su mayor parte antiguos samuráis, y los plebeyos no querían servir a sus órdenes. E. Herbert Norman señala que “la gente común de Japón nunca pidió ser reclutada; fue simplemente obligada a enrolarse en el nuevo servicio militar bajo las órdenes de oficiales que eran en su mayoría descendientes de samuráis o daimyos que durante generaciones habían despreciado y rebajado a las clases humildes del país” (Norman, 1943: 164).

El antagonismo de clase era un problema mayor para el nuevo ejército japonés. Con el objeto de superar este antagonismo, era necesario crear una situación en la cual los samuráis pudiesen respetar a los nuevos reclutas y donde los nuevos reclutas pudiesen estar orgullosos de estar a su servicio y superar su repugnancia tradicional por sus superiores descendientes de samuráis. Una forma de lograr esto fue a través del budo. Mediante la exposición de los miembros del ejército a las artes marciales, y los preceptos éticos del Bushido que las acompañaban, podrían unir las piezas bajo un código moral y un propósito nacional común. Esto tendría el efecto doble de crear solidaridad en el ejército y de desarrollar mediante él la dedicación y el patriotismo.

Los líderes militares y gubernamentales hicieron esfuerzos por incrementar la exposición a las artes marciales que experimentaban los soldados. Maestros de artes marciales, tales como Funakoshi, fueron contratados para proporcionar instrucción en academias militares (1975: 75). También se desarrollaron varias sociedades con el objeto de difundir la práctica de las artes marciales entre el ejército. Spinks apunta que “... tan

temprano como en 1895 la famosa Butoku Kai (La Sociedad de la Virtud Marcial) se estableció en Kyoto bajo la presidencia de un Príncipe Imperial con el propósito expreso de promover el espíritu marcial. Todos los presidentes que le sucedieron habían sido militares retirados con marcadas visiones nacionalistas, como el último General Sanjuro Hayachi. La Sociedad mantiene una sala de entrenamiento especial, conocida como el Butoku Den, para la práctica del kendo, judo, tiro con arco, y otros deportes marciales, y por todo Japón se han establecido ramas de esta Sociedad” (Spinks, 1944: 62-63).

Estos esfuerzos obtuvieron un buen nivel de éxito. Jansen señala que “en la barraca y en la academia de oficiales el tema constantemente invocado era el de la lealtad al emperador. La Armada y la Marina Imperiales pertenecían al emperador... valores que habían llegado a ser el núcleo del bushido samurái fueron prescritos para el común de los reclutas” (Jansen, 2000: 398-399). La dirección militar, compuesta por antiguos samuráis, comenzó a tener un nuevo respeto por los reclutas y a aceptarlos como verdaderos soldados. Como apuntan Ratti y Westbrook, “los líderes de la clase militar reconocieron gradualmente que cualquier sujeto japonés era heredero de la tradición que habían considerado como propia durante tantas centurias, y comenzaron a exhortar a sus compatriotas a pensar en Japón como una nación de guerreros” (1973: 34).

Lo que quizá es incluso más sorprendente es que los reclutas realmente comulgasen con ello. Edwin Reischauer lo plantea bien cuando se maravilla del hecho de que “los descendientes de campesinos, a quienes durante casi trescientos años se les habían denegado las espadas y otras armas, y que habían sido explotados por una casta militar”, habían sido convencidos “de que ellos eran también miembros de una raza guerrera” (1970: 185).

Una vez que las diversas artes budo fueron introducidas inicialmente en las fuerzas armadas, su popularidad subió vertiginosamente. Con tantos reclutas competentes, los japoneses podrían implicarse en más y más guerras extranjeras; y con más guerras, más reclutas llegaban a interesarse en las artes marciales y se veían atraídos por los ideales expuestos en el Código del Bushido. Sin ninguna excepción, las artes marciales experimentaron un enrolamiento cada vez más masivo inmediatamente antes, durante, y después de conflictos armados. John Stevens señala que “fue... en 1894 que estalló la Guerra Chino-Japonesa. La consiguiente fiebre guerrera –que Kano no trató de alentar– hizo más popular la práctica del judo” (1995: 31). Mientras que Kano no era un militarista, y Stevens está realmente en lo cierto al apuntar que Kano no alentó conscientemente la ‘fiebre guerrera’, el hecho de que personal militar estuviese yendo en tropel hacia las artes marciales tales como el judo –que enfatizaba el patriotismo, el honor, y otros preceptos del Bushido– demuestra que existió una relación entre estas artes y el creciente militarismo.

La Guerra Chino-Japonesa fue también un regalo para el iai-do. Warner y Draeger apuntan el hecho de que “en el comienzo de las hostilidades con China en la Guerra Chino-Japonesa (1894-95), seguido por las de la guerra Ruso-Japonesa (1904-5), el arte de desenvainar la espada adquirió una nueva imagen sorprendente como disciplina popular para un amplio segmento de la población japonesa” (1993: 90). Funakoshi experimentó un incremento similar de discípulos entusiastas según crecía el conflicto con China y cuando la Segunda Guerra Mundial se aproximaba amenazadoramente. “Mientras aumentaba el alcance del Incidente de Manchuria”, escribe en su autobiografía, “Japón se embarcó en los preparativos para una guerra a gran escala. Ahora el número de estudiantes que venían a mi dojo creció aún más; y después de la rotura real de hostilidades con China, que pronto fue seguida por la gran Guerra del Pacífico, mi dojo no podía albergar la cantidad de hombres jóvenes que querían entrenar” (Funakoshi, 1975: 88).

Existió muy claramente una fuerte conexión entre el budo y el ejército. El budo jugó un papel esencial causando directamente, o al menos apuntalando, la amplia aceptación de los preceptos éticos del Bushido por todo el ejército japonés. Mediante la práctica del budo, los reclutas podían visualizarse a sí mismos como parte de la tradición



samurái y podían adoptar el Código del Bushido como su legítima herencia ética. Al mismo tiempo, los líderes de las clases altas del ejército podían aceptar más fácilmente a sus subordinados de clases más bajas como verdaderos guerreros una vez que éstos habían abrazado los valores de los samuráis. Todos los elementos del ejército japonés, tanto de las clases altas como bajas, encontraron un gran propósito en sus carreras militares y llegaron a dedicarse más tanto al ejército como al país a medida que su adoctrinamiento en la ética del Bushido se hacía más completo. Consecuentemente, se desarrolló una versión militarista de ultranacionalismo, lo que llevaría a resultados devastadores en el futuro de la nación.

Conclusión

El desarrollo del ultranacionalismo es a menudo señalado mercedamente como la mayor causa del curso militarista que tomó la historia japonesa entre la Restauración Meiji y la Segunda Guerra Mundial. Parte de este crecimiento en el nacionalismo fue debido a la amplia aceptación del Código del Bushido por miembros del ejército y por muchos comunes japoneses. Las presiones realizadas sobre los japoneses por las influencias occidentales les condujeron a aferrarse a unos valores tradicionales exagerados en un intento por mantener su exclusiva identidad japonesa. Esto, en último término, se falseó en un irreflexivo fervor patriótico que llevó a los japoneses a un camino agresivo y en último término autodestructivo.

El papel que las artes marciales jugaron en este desarrollo es hoy en día pasado por alto en términos generales. Debido a que los fundadores del budo moderno, personas tales como Kano y Funakoshi, eran dignos de elogio y generalmente gente pacífica, las artes marciales que desarrollaron y popularizaron están consideradas igualmente como inocuas. Sin embargo, y sin que existiese intención en el pensamiento de los fundadores, las artes marciales jugaron un papel significativo en la difusión de la influencia de los ideales éticos del Bushido y por tanto en el crecimiento del nacionalismo en Japón.

Las artes marciales fueron especialmente influyentes una vez que llegaron a ser asignaturas obligatorias en las escuelas de grado medio y superior, y también obtuvieron una amplia aceptación en las universidades japonesas. Esto aseguró que una proporción muy grande de población japonesa fuese educada en el 'espíritu de los samuráis' y también sirvió para derrumbar las barreras de clase. El Bushido llegó a ser un código moral para todos los japoneses, y no solamente para la clase elitista samurái.

El budo jugó también un papel significativo en el derrumbamiento de las barreras sociales en el ejército. Los reclutas que practicaban el budo sentían que estaban participando en la tradición samurái y que podían reclamar las obligaciones y responsabilidades éticas del Bushido que antaño habían pertenecido únicamente a un pequeño y muy elitista segmento de población. Ya no serían simples granjeros y campesinos, sino 'modernos samuráis' que debían lealtad al emperador y tenían obligación de combatir por su país. La habilidad del gobierno japonés para crear un ejército nacional centralizado compuesto por reclutas patrióticos y voluntariosos fue influenciada directamente por el desarrollo y las enseñanzas del budo.

Aunque las artes marciales no fueron ciertamente la única influencia que llevó al desarrollo del ultranacionalismo y del militarismo en el Japón pos-Meiji, jugaron un papel significativo y a menudo poco estimado en dicho desarrollo. Puesto que las guerras en las que se embarcó Japón y las atrocidades que los japoneses cometieron durante dichas guerras a menudo se ven como consecuencias directas del crecimiento de un nacionalismo y militarismo desatado, las artes marciales modernas son al menos parcialmente culpables de dicha agresión. Las causas del nacionalismo pueden acabar siendo las causas de la guerra, y el papel que las artes marciales jugaron en el crecimiento del nacionalismo japonés no debería olvidarse por las generaciones presentes y futuras.



BIBLIOGRAFÍA

- Conroy, H. (Julio, 1955). Japanese nationalism and expansionism. *The American Historical Review*, 60(4): 818-829.
- Donohue, J. (1999). *Complete kendo*. Boston: Tuttle Publishing.
- Duss, P. (1998). *Modern Japan*. 2ª edición. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Friday, K. (Mayo, 1994). Bushido or bull? A medieval historian's perspective on the Imperial Army and the Japanese warrior tradition. *The History Teacher*, 27(3): 339-349.
- Friday, K. with H. Seki (1997). *Legacies of the sword: The Kashima-Shinryu and samurai martial culture*. Honolulu: University of Hawai'i Press.
- Fridell, W. (Agosto, 1970). Government ethics textbooks in Late Meiji Japan. *The Journal of Asian Studies*, 29(4): 823-833.
- Funakoshi, G. (1975). *Karate-do: My way of life*. Tokyo: Kodansha International.
- Funakoshi, G. (1973). *Karate-do Kyohan: The master text*. Tokyo: Kodansha International.
- Hurst, G. (Octubre, 1990). Death, honor, and loyalty: The bushido ideal. *Philosophy East and West*, 40(4): 511-527.
- Inoue, S. (1998). "The invention of the martial arts: Kano Jigoro and Kodokan Judo," En S. Vlastos (Ed.), *Mirror of modernity: Invented traditions of modern Japan* (pp. 163-173). Berkeley: University of California Press.
- Jansen, M. (2000). *The making of modern Japan*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Kano, J. (2005). *Mind over muscle: Writings from the founder of judo*. Tokyo: Kodansha International.
- Kurihara, K. (23 de Febrero, 1944). Japan's educational system. *Far Eastern Survey*, 13(4): 35-38.
- Levy, J. (Primavera 1988). Domestic politics and war. *Journal of Interdisciplinary History*, 18(4): 653-673.
- Lord Russell of Liverpool, (1958). *The knights of bushido*. London: Corgi Books.
- Nitobe, I. (1979). *Bushido: The warrior's code*. Burbank, CA: Ohara Publications.
- Norman, H. (Junio, 1943). Soldier and peasant in Japan: The origins of conscription (Part II). *Pacific Affairs*, 16(2): 149-165.
- Ratti, O. & Westbrook, A. (1973). *Secrets of the samurai: A survey of the martial arts of feudal Japan*. Edison, NJ: Castle Books.
- Ravina, M. (2004). *The last samurai: The life and battles of Saigo Takamori*. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.
- Reischauer, E. (1970). *Japan: The story of a nation*. New York: Alfred A. Knopf.
- Rosenbaum, M. (2002). *The fighting arts: Their evolution from secret societies to modern times*. Boston: YMAA Publication Center.
- Ross, C. (2006). *Mishima's sword: Travels in search of a samurai legend*. Cambridge, MA: Da Capo Press.
- Spinks, C. (Marzo, 1944). Indoctrination and re-education of Japan's youth, *Pacific Affairs*, 17(1): 56-70.
- Stevens, J. (1995). *Three budo masters: Jigoro Kano (judo), Gichin Funakoshi (karate), Morihei Ueshiba (aikido)*. Tokyo: Kodansha International.
- van Evera, S. (Primavera, 1994). Hypotheses on nationalism and war. *International Security*, 18(4): 5-39.
- Warner, G. & Draeger, D. (1993). *Japanese swordsmanship: Technique and practice*. New York: Weatherhill.